

CAPÍTULO XXVIII. *De la fiesta tercera que les hacían a los dioses de las aguas, llamados tlaloques, en el mes atemutzli, sexto décimo de su año*



EN TRES FIESTAS QUE ESTOS INDIOS CELEBRABAN a los dioses de las lluvias, llamados tlaloques, era la última esta que les hacían en este mes sexto décimo, el cual corresponde a nuestro diciembre, cuyo primero día era el segundo de el dicho de diciembre. La razón de ordenarles esta fiesta era haber llegado el sol a lo más alto de su curso y carrera, que (como todos saben) a los veinte y uno de éste hace curso y vuelve a desandar lo andado. Por esta razón y elevarse tanto suele mudar el tiempo, y entonces era con más certidumbre y puntualidad que agora y con la mudanza de él tronaba y hacía demostración de llover. Y como los ruidos de los truenos, para los que no saben que proceden de causas naturales, son de espanto y les parece cosa sobrenatural, estos ciegos y desventurados idólatras los atribuían a estos dioses falsos y creían ser mensajeros y nuncios de su venida; y, para que no cesasen en el favor comenzado, los invocaban con esta solemnidad y fiesta, suplicándoles que pues tenían a cargo el proveer de aguas a la tierra, acudiesen con las forzosas y necesarias para sembrar y que los sembrados se lograsen. A esta demostración de lluvia y ruido de truenos acudía luego todo el número de ministros de los ídolos; y lo primero que hacían era hacer grandes penitencias, ofrecían copal y incienso en grandísima cantidad. Esta ofrenda hacían a los dioses tlaloques y a todas las imágenes y figuras que tenían de los montes. Muchos de los populares (si no eran todos) hacían luego voto de hacer las imágenes pequeñas de los montes, llamados tepictoten, las cuales eran dedicadas a los mismos dioses de las lluvias y aguas llovedizas.

A los diez y seis de este mes mexicano comenzaban todos los de el pueblo, así chicos como grandes, a aparejar ofrendas para ofrecer a Tlaloc el día de la fiesta. Todos estos cuatro días restantes hacían todos grandes penitencias y absteniáanse de los actos matrimoniales los casados, para estar más limpios y dispuestos para el sacrificio. Llegada la fiesta, que la celebraban el último día de este mes, cortaban muchas tiras de papel y ataban las unas de las otras y, colgadas de unas varas o astas largas, las hincaban en los patios y conservábanlas por algún tiempo. Hacían las imágenes de los montes de masa de semilla de bledos, que llaman tzohualli, cuyos ojos fingían de frijoles negros y dientes de pepitas de calabaza. Formados estos ídolos en la manera ya dicha, ofrecíanles grandes comidas y adorábanlos como a verdaderos dioses. Después de haber hecho esta ceremonia y haberlos velado y guardado toda aquella noche, habiendo también cantado y bailado, abríanlos por los pechos con un tzotzopaztli, que es un paló ancho con que tejen las mujeres, a manera de espada o machete, sacábanles el corazón, que también les habían puesto en lo interior de la masa y cor-

tábanles las cabezas como acostumbraban hacer a los sacrificados y guárdábanlas. Lo demás del cuerpo repartían entre sí y se lo comían, como representando en la misma imagen del dios Tlaloc, el sacrificio y ceremonias que se hacían en los hombres que les eran sacrificados; y era en la masa y semilla, para obligarles a que les diesen aguas para sembrar y coger otras semillas el año venidero para aquel mismo efecto. Los otros ornamentos y adornos con que los habían engalanado para que representasen al dios que querían, quitábanseles y quemábanlos en los patios de sus casas, cogían las cenizas y llevábanlas con mucha veneración, juntamente con las vasijas y otras cosas con que los habían servido en el convite, a los oratorios que llamaban ayauhcalcos; luego comenzaban todos a comer y beber y regocijarse; y con este fin se le daban a la fiesta.

CAPÍTULO XXIX. *De la fiesta que se hacía a la diosa Ilamatecuhtli y por otro nombre Cozcamiauh, la cual celebraban en el mes décimo séptimo de su calendario, llamado tititl*



ESTE MES TITITL ERA EL DÉCIMO SÉPTIMO del año mexicano, el cual caía a los veinte y dos de diciembre y acababa a los once de enero. En él se hacía fiesta a una diosa, llamada Ilamatecuhtli, que quiere decir principala vieja. No he alcanzado a saber el intento de su celebración; pero no porque yo lo ignore dejarían estos idólatras de tenerle.

Este día tercero de su mes y el veinte y cinco de nuestro diciembre era el de la celebración de esta falsa diosa, en la cual hacían muchas invenciones y ceremonias; una de las cuales era elegir una mujer que la representaba vestida con sus vestiduras y propias insignias. Ésta salía a bailar sola, a la cual le hacían el son y le cantaban unos viejos muy venerables. A esta mujer le era permitido llorar y entristecerse mucho (caso negado en otras que morían otros días) y así se entristecía, suspiraba y lloraba, con la memoria de la muerte que de próximo y cerca esperaba. Esto duraba hasta medio día y, a la declinación del sol, se componían los sátrapas del templo con los ornamentos de todos los dioses y salían al sacrificio; y puestos delante de ella llevábanla a lo alto del templo y sacrificábanla a esta maldita diosa. Sacábanle el corazón y cortábanle la cabeza, la cual cogía por los cabellos un sacerdote que guiaba la danza y comenzaban su muy solemne baile, en el cual bailaban todos aquellos ministros eclesiásticos que iban representando a los dioses.

Este mismo día hacían los sacerdotes y ministros de los templos, por remate de la fiesta, ciertas escaramuzas, saltando y corriendo, subiendo al cu y bajando muchas veces; y juntamente hacían otras varias ceremonias. El día siguiente hacía toda la gente de el pueblo unas talegas, a manera de bolsas y henchíanlas de heno y paja y otras cosas, que no hacen golpe ni tienen peso y colgábanlas de un cordel y traíanlas escondidas debajo de las